



# Algunos acordes de la melodía ibérica

María Jesús García Méndez

Universidade de Aveiro

**Palabras clave:** Iberismo/Ibericidad, Cooperación, Lírica de ideales panhispánicos.

**Keywords:** Iberianism/ Iberianicity, Cooperation, Lyric of Panhispanic ideals.

Hace casi siete décadas que Claudio Sánchez Albornoz inauguraba su misión diplomática en Lisboa con un discurso y unas declaraciones de afecto hacia Portugal inusuales para el recio carácter castellano. «Amo a Portugal desde os tempos já longínquos da minha mocidade...» – decía sin empacho el ilustre historiador, en mayo de 1936 –, cuando muy pocos en España se hicieron eco de esta prosa tan lusófila, en aquellos días cercanos al estallido de la Guerra Civil en nuestra patria... Y puede parecer curioso, mas no fruto de la casualidad, que ahora, después de tantos años transcurridos, otra castellana como él se sume a esta declaración de afecto y vuelva a sonreír ante los, al parecer, eternos equívocos que nos condenan a portugueses y a españoles a vivir unas relaciones verdaderamente singulares. Recordaba en su *Anecdotario* (Sánchez Albornoz, 1972) el erudito abulense las trampas lingüísticas que entrañan las relaciones de los dos idiomas castellano y luso: aquel «Excelentísimo» que hacía reír a los españoles residentes en Lisboa, antaño, sigue siendo hoy motivo de sorpresa enormemente simpática para mí, al recibir tan distinguido e inadecuado tratamiento por parte de quienes convocaron, hace ya algún tiempo, el *III Encuentro de Literatura e Cultura no Espaço Ibérico*, celebrado en abril de 2005 en Covilhã/Fundão. Sorpresa, porque yo sé bien que quien redactó aquella Carta/Invitación en perfecto castellano no incurría de forma gratuita en un desliz expresivo tan flagrante... Tengo para mí que su autor estaba «demasiado» atento a su condición de bilingüe dentro de un espacio que reclama, también él (valga la redundancia), un tratamiento muy

especial: nuestro Espacio Ibérico.

Es, pues, en esta tesitura de «especial» espíritu bilingüe de ciudadanos que no se ven libres de «atender» (con interés, siempre; sin éxito, bastantes veces) a los rasgos culturales de las dos naciones Portugal/España, en donde inscribo unos *Acordes* en los que no dejan de resonar diferentes momentos o etapas de familiar convivencia. Porque, en definitiva, nunca nos vimos ni nos vamos a ver libres de compartir este magnífico territorio peninsular donde, en ningún momento, las diferencias lingüísticas se presentan como obstáculo; todo lo contrario: provocan tales trabazones que complacen y llegan incluso a cautivar a los hablantes de uno y otro lado de la frontera.

Bien señalaba Salvador de Madariaga (1978: 193) la importancia de la cuestión lingüística en el entendimiento de los dos pueblos ibéricos. Sólo tenemos que remontarnos a la historia literaria para advertir que «el espíritu que movía la inspiración peninsular en los siglos XV y XVI podía manifestarse por igual en portugués que en castellano»: Gil Vicente y Camões, como altísimos exponentes de la interinfluencia idiomática, pasaban insensiblemente de una lengua a otra, al tiempo que intercambiaban estancias o correspondencia. Y mucho antes que ellos, el Marqués de Santillana (cf. edición facsímil, 1990) reconocía noblemente en su *Prohemio e Carta al Condestable de Portugal* (1449) que «los decidores e trovadores de la España (...), fuesen castellanos, andaluzes o de la Extremadura, todas sus obras componían en lengua gallega o portuguesa; e de aun d'estos es çierto resçebimos los nombres del arte»... De modo que la poesía de España dio sus primeros pasos en galaico – portugués, constituyendo un lazo de unión de orden natural, emotivo, que nada tiene que ver con las alianzas, pactos, acuerdos, federaciones y demás fórmulas de vinculación política que siempre se cumplían obedeciendo a planes racionales y de conveniencia que, por artificiales, resultaron harto infructuosos, por no decir de fatales consecuencias. Aquellas aspiraciones de ensanchamiento transfronterizo o de ensambladuras políticas nacidas ya en las medievales dinastías portuguesas y españolas, fueron siempre socialmente contestadas; nos lo explica perfectamente la popular crónica de García de Resende (siglo XVI):

Vimos Portugal, Castela  
 quatro vêzes ajuntados  
 por casamentos liados  
 Príncipe natural dela,  
 que herdava todos reinados.  
 Todos vimos falecer  
 em breve tempo morrer  
 e nenhum durar três anos.  
 Portuguêses, castelhanos,  
 não os quer Deus juntos ver.

Si bien que de forma simultánea tenía lugar, como sabemos, una muy fecunda cooperación renacentista entre las universidades de Coimbra y Salamanca; la misma que nos llena de orgullo en nuestros días y que ha inspirado otros proyectos más recientes<sup>1</sup>, de intercambio cultural y científico ciertamente enriquecedores, viniendo a reforzar así esa unión cultural y de civilización que defendemos para la ciudadanía lusoespañola de nuestros días.

No es necesario recordar el fracaso de las últimas tentativas del Iberismo decimonónico y del proyectado federalismo de primeros del siglo XX: todo se quedó en el sueño (unamuniano y anteriano, principalmente) que soñaron unos pocos intelectuales españoles y portugueses, y como tal hay que juzgarlo. Ésta es la idea que había venido sedimentándose hasta hace relativamente poco tiempo<sup>2</sup> (¿quizás sólo hasta estos últimos cuatro o cinco años?), en que las denominaciones lingüísticas de «lo ibérico» se exhiben, proliferan en el Comercio, en el mundo de los Transportes y del Turismo... Y ello nos conduce a tener que repensar el viejo concepto, a buscar nuevos vocablos: «Neo-iberismo» o «Posiberismo» – se apunta –, que dejen siempre muy claro que la cuestión de la «diferencia ibérica» entonces, como ahora, deben circunscribirse dentro de un orden estético y espiritual; sin que intervengan intereses materiales. Todos de acuerdo. ¿Pero acaso no es también materialmente palpable la intervención de la política o de determinadas ideologías que no dejan de asediar al ciudadano con las causas más diversas, verdaderos obstáculos éstos que nos impiden desarrollar diálogos más libres y, en consecuencia, más respetuosos, llevando a cabo proyectos de cooperación peninsular provechosos, eficaces, al tiempo que instalados en la presente realidad?

Me sumo, en este sentido, a quienes rehúyen el término «Iberismo» y prefieren hablar de «Ibericidad» (Viqueira, 1994: 45-49). Mi solidaridad también está con el especial sentir ibérico y a un tiempo europeo de la ya desaparecida escritora y periodista portuguesa Natália Correia (1989: 3), declarando su sentido de ibericidad panhispánica junto con una firme y adelantada defensa de valores rehumanizadores seriamente amenazados: la cultura de la emotividad, de la pasión que se proyectan en la fuerza y la sensibilidad de la mujer ibérica... De modo que sin ánimo de innovación, como particular observadora del naufragio de tantos «-ismos», propongo – como ya se ha hecho – que se hable más bien de «Cooperación» en un ámbito peninsular que ha

---

<sup>1</sup> Son encomiables la creación e imparable actividad del *Centro de Estudos Ibéricos*, con sede en la ciudad de Guarda (Portugal). Y del mismo modo, los numerosos Encuentros transfronterizos propiciados desde siempre por la Comunidad Autónoma de Extremadura (España).

<sup>2</sup> El profesor de la Universidad de Salamanca Fernando Rodríguez de la Flor, en una Conferencia pronunciada en el Centro de Estudios Ibéricos de Guarda (día 3 de diciembre de 2004) bajo el título «El concepto de Iberismo y su sentido actual», contempla esta cuestión como «viejo concepto, descatalogado en el campo intelectual de nuestro tiempo».

sido llamado a proyectar otras más anchas cooperaciones y colaboraciones: en el marco Europeo y hacia la esperanzadora Alianza Atlántica... Porque el Iberismo –desde mi modesta opinión – no se sueña ni se «dice»: más bien «se vive» y «se hace» de continuo, con el trabajo y empeño de quienes cada día transitamos por esta occidental geografía, procurando entender y saber qué extraños misterios rigen las relaciones de los dos países. Y en esto sí que el pensamiento de Miguel de Unamuno (que hablaba de *dos polos de atracción complementarios* en el alma ibérica de ambos pueblos (Morejón, 1964: 364), como también el más reciente de Eduardo Lourenço (1994: 5-8), que pone frente al espejo la dualidad de los dos códigos literarios – *realismo/onirismo* – que rigen nuestras respectivas literaturas y, más allá de ellas, el registro profundo de las dos culturas peninsulares), en esto sí – repito – que debemos reparar, para no ser unos viajeros desorientados. Para que estemos libres de ciertos guías interesados y de ser dominados por lo puramente material. Pero, sobre todo, para dar respuesta a las expectativas de quienes aguardan un futuro más justo y más esperanzador, en medio de un mundo cada día más competitivo y deshumanizado: éste que sobrevuela el territorio de los dos pueblos hispánicos.

Retomando a Madariaga (cf. «Portugal», 1978), insistimos en el hecho indiscutible de que «existe una unidad intrínseca bajo las diferencias ibéricas» que nunca ha dejado de latir en la sociedad hispanoportuguesa, y personalmente quería resaltarlo en las reflexiones que aquí siguen. ¿Por qué dejar de hablar, entonces, de nuestras relaciones? ¿Queremos acaso perder nuestros milenarios rasgos de identidad? Se impone, así, en cualquier Encuentro de literatura o de cultura peninsulares – como en tantos otros de orden familiar –, el «sentir» lo ibérico con franqueza, abordándolo sin prejuicios hasta ser transportados, si fuera preciso, por el más inteligente de los modos humanos: el sentido del humor; sabiendo, desde él, conjurar los recelos y malentendidos originados por un desconocimiento mutuo o por la injerencia externa de quienes esperan hasta sacar provecho de nuestras desavenencias, que todo es posible... Seamos realistas: defender nuestras raíces, nuestra comunidad de bienes culturales, es perfectamente compatible con abrir nuestra casa a los demás y que se nos abran a su vez las de otros mundos: algo así debe de ser la tan celebrada interculturalidad; y ello supone, sin duda, marcar la diferencia ante lo que engloba y uniformiza a todos, separándonos sin darnos cuenta, que sería la peor de las exclusiones. Pero sigamos al hilo de lo literario.

En un tiempo dominado por seductores discursos en prosa, cantos de sirena emitidos desde unos medios audiovisuales cada día más sofisticados, me sirvo de la poesía para sacar a la luz unos textos que, además de justificar nociones culturales y de historia ya sabidas por quienes frecuentan los espacios de arte y de cultura en los dos países ibéricos, han de proporcionarnos elementos de reflexión suficientes para descubrir el interés que tiene lo que dice la poesía cuando es eco y portavoz de todo tipo de intereses, lo que comunica con sus versos el ciudadano comprometido cívicamente, y lo

que puede cantar de forma sencilla una persona con sensibilidad. Cuestiones todas que vienen a ser contextualizadas en el ámbito peninsular, claro, pero centrándonos ahora en aquello que han cantado poetas españoles en un Portugal hermano, en el Portugal amigo o desde lo profundo de Portugal. Algo que viene a significar mucho más, sin duda, que la contemplación de un país «à beira-mar plantado». Y todo ello, con el objetivo último de conocer o de saber que lo que nos unía o separaba entonces, como ahora, queda desdibujado siempre ante la evidencia de nuestro parentesco y atracción mutua. No lo digo yo, lo dicen los textos poéticos seleccionados; como lo han dicho, desde tierras lusitanas y con una expresión auténtica y declaraciones emocionadas los grandes protagonistas de un espléndido panorama literario portugués – Eugénio de Andrade<sup>3</sup> (1997: 85-87), A. Lobo Antunes<sup>4</sup> (2001), José Bento<sup>5</sup> (1991: 4-12), J. Saramago<sup>6</sup> (1990: 19), entre otros – que merecería ser bastante más extenso.

Suscitan – decíamos – tantísimas cosas algunos de estos poemas, y todas ellas tan interesantes, que espero comprendan el porqué de mis preferencias por el verso, ya que, a diferencia de la prosa, con ellos podemos a situarnos en el plano de la semejanza y no en el de la mera contigüidad – como enseñaba Jakobson (cf. sus *Questions de poétique*, 1977) –. Sabiendo que el discurso lírico – tal como explica Jean Cohen (cf. *Estructura del lenguaje poético*, 1974) – es de naturaleza emotiva, de redundante afectividad. El lenguaje poético será, en última instancia, no de mera información sino de intensidad emocional, como la que a través de ellos aprehendemos, por ir dirigida a lectores que tienen suficientemente desarrollada la inteligencia afectiva: ésa que atiende a un tiempo al sentir y al conocer. La misma que oportunamente señalábamos justo al comienzo de esta reflexión, cuando acotábamos esa particular forma de bilingüismo peninsular que implica a dos territorios cuyas fórmulas de tratamiento (es sólo un ejemplo, una anécdota) nos hacen (re)conocer que poseemos diferentes sensibilidades que nos complementan y nos enriquecen.

Razones todas, en fin, por las cuales inicié una singular elección de canciones poéticas surgidas en diferentes lugares de la geografía lusa; salidas ellas también de unas singulares voces de españoles que, a su vez, vivieron y viven en tiempos

---

<sup>3</sup> Quien declaraba: «Eu gosto de Espanha... Me gusta España, deixai-me dicê-lo nessa lingua áspere, salgada, escura, mas que na fala dos seus poetas tem por vezes inesperadas cintilações. (...) pátria que só não faria minha porque me sinto incapaz de ter duas».

<sup>4</sup> Recientemente confesaba: «Voy a España porque me gusta, me siento como en casa, porque siempre me reciben muy bien».

<sup>5</sup> Que explícitamente reconoce: «He nacido en la península Hispánica: soy hispánico, no hispanista».

<sup>6</sup> Cuando analiza las dificultades de nuestra convivencia, ayudando a levantar el puente cultural por donde pasamos ahora – explica –, «inconscientes de nuestra atracción o fascinación de vecinos que mantienen una particular forma de amor».

naturalmente alejados, por su edad o por la propia circunstancia histórica. Veámoslo a través de esta primera y más antigua que transcribimos de forma íntegra, a continuación:

### **Canción de España a Portugal**

Verde navío, Portugal fraterno,  
amarrado al costado de mis muelles,  
¿quieres venir a la aventura lírica  
de ir a buscar Amor? Hermana, ¿quieres?

Tú y yo anduvimos en remotos tiempos  
dando a otros pueblos sangre efervescente,  
hablas de nuestros hijos arrojados,  
de los pechos maternos, blanca leche.

Ven conmigo a decirles a esos hijos  
que dejamos en Indias y no vuelven,  
que en nosotros está la cepa augusta  
de cuyas uvas ellos vino beben.

Despleguemos las velas de los barcos,

¡Que todo el horizonte, a nuestros ojos,  
se ilumina con sol de eterno Oriente!

despega el flanco de mis muelles;  
lanza la voz de la mañana nueva,  
para ser grandes y perennes.

Perennidad sea el grito-contraseña  
para la Helíada que adviene,  
magno poema de la luz sin noche  
escrito sobre el mapa terrestre.

No se perdió Don Sebastián; aún vive  
Alfonso de Quijano; por las mieses  
de la Pampa argentina, por el bosque  
maravilloso del Brasil caliente,

se escucha el blanco trote del que un día  
se perdió de sus bravos portugueses  
y se ve la silueta estilizada  
del Hidalgo español, loco y vidente.

¿Vamos, hermana? El porvenir es nuestro,  
el porvenir más fuerte que la muerte;  
seremos otra vez los argonautas,  
lancemos los navíos a Occidente,

Poema que fue publicado en la inicial andadura de la prestigiosa *Revista Contemporânea. Grande Revista mensal* (Vol. I), allá por el verano de 1922, en Lisboa. Canción que viene a ser ejemplo extraordinario – como anticipábamos – de un tipo de poesía nacida de una individualidad creadora puesta al servicio de determinados intereses (por decirlo de una forma genérica, evitando así entrar en detalles que podrían conducirnos a errores), adoptando una voz de conciencia moral ante una determinada problemática histórica, social y cultural que va incluso más lejos de los

<sup>7</sup> En el archivo de La Casa Museo de Miguel de Unamuno en Salamanca se encuentra un poemario suyo: *La rueda de color* (1923) dedicado por él al gran maestro de la Universidad salmantina.

límites nacionales. Vamos a adentrarnos seguidamente en la atmósfera en la que crece.

Su autor, un poeta y novelista del «novecientos», Rogelio Buendía (Huelva, 1891–Madrid, 1966), que se reconoce viejo amigo – a pesar de la diferencia de edad entre ambos – y admirador de Unamuno<sup>7</sup>, escribió este romance heroico de filiación modernista para que fuera publicado en el primer volumen (nº 3) de la entonces *Revista Contemporânea* de Lisboa, en donde aparece a la par de otros varios artículos y colaboraciones que instan, en su mayoría, a la conveniencia de mejorar las relaciones entre España y Portugal<sup>8</sup>.

No resultan gratuitos ni el romanticismo o sentimentalidad del título –«Canción de España a Portugal» – ni ese «Amor» (unión) que debería traspasar a los dos países. Sucede que latía, además, por aquellas fechas, la delicada conmemoración del «día» de la «raza» o de la llamada fiesta de la Hispanidad, que debía – en opinión de algunos sectores sociales – congregarse a las dos patrias peninsulares y a todas las naciones de habla hispana y portuguesa. Portugal debía recibir, pues, la amorosa invitación de España para que, junto con todos sus hijos – digamos todos los Estados de América del Sur, incluido Brasil –, y en efusiva unión familiar, como la que emana de estos versos:

Ven conmigo a decirles a esos hijos  
que dejamos en Indias y no vuelven,  
que en nosotros está la cepa augusta  
de cuyas uvas ellos vino beben.

Sintieran la llamada y el impulso que les llevase a extender la renovada unidad moral de toda la civilización occidental: una nueva (deseada por muchos, mas no por todos) *Liga pan-hispánica* que trataba de incorporar (no otro es el mensaje de esta «Canción»/llamada hacia el vecino país») a Portugal y al ancho Brasil. Porque «só Espanha e Portugal» – como convenientemente y en justa correspondencia escribía el coetáneo escritor y político luso António Sardinha (1922: 49-51) – «pelos seus precedentes e índole especial de raça, podem chegar a ser o verdadeiro laço de união entre a Europa, a América e a África...». Y con un más que subido tono se insta a la nación lusitana:

¿Vamos, hermana? El porvenir es nuestro,  
el porvenir más fuerte que la muerte;

<sup>8</sup> En sus páginas se dan cita el editorial «Nós e a Espanha» y dos artículos: 1º) «O Pan-Hispanismo» (firmado por A. Sardinha) y 2º) «La sensación del momento. La unión ibérica» (del autor Eduino de Mora), que exhortan, ambos, a la conveniencia de contraer las alianzas «que interesen» entre Portugal y España; en sintonía con el antiguo *Diário de Notícias*, que por aquellos días también había entrevistado al rey Alfonso XIII. En otro sentido, no obstante, aparece el artículo titulado «As relações luso-espanholas. O Pan-Iberismo», de la autoría de Martinho Nobre de Mello, quien consideraba quimérico e inviable el pretendido círculo de influencia internacional luso hispano-americano, porque – explica – «las relaciones luso-españolas y las lusobrasileñas aún distan mucho de ser sólidas».

seremos otra vez los argonautas,  
 lancemos los navíos a Occidente,  
 ¡Que todo el horizonte, a nuestros ojos,  
 se ilumina con sol de eterno Oriente!

Se impone ahora dejar constancia del clima político y social existente en aquel momento, pues el autor del citado poema pertenece a una generación de intelectuales a medio camino entre ese latir de ideales políticos y culturales de un bien arraigado tradicionalismo, de religiosidad y acendradísima exaltación nacional y de la raza, y el europeísmo universalista trazado por Ortega y Gasset. Sólo tenemos que observar el léxico y acotar los apelativos formulados («Portugal fraterno», «hermana») con los que se exhorta a la vecina nación, observar con atención el idealismo de tintes espirituales y de evangelizadora labor que revisten algunos de sus versos y prestar atención al anuncio de esa «mañana nueva», para sentir que viene a ser todo ello el antecedente más directo de las posteriores consignas nacionales, falangistas, que habrían de venir después y que se resumen en ese soberano y archiconocido lema filipino «por el Imperio hacia Dios»:

¿Quieres venir a la aventura lírica  
 de ir a buscar Amor? Hermana, ¿quieres?

.....

Lanza la voz de la mañana nueva,  
 para ser grandes y perennes.

Perennidad sea el grito-contraseña  
 para la Heliada que adviene,

.....

¡Que todo el horizonte, a nuestros ojos,  
 Se ilumina con sol de eterno Oriente!

Para, asimismo, percibir y ver reflejadas en dicho texto las ideas regeneracionistas de Unamuno (había que «europeizar a España»), del vivo ahondamiento moral y religioso de Maragall («hay una España grande por hacer» (*Himne Ibèric*, 1907)<sup>9</sup> y del *Idearium español* (1897) de Ganivet, en donde se establecía la esencia de lo español y luego de la Hispanidad ultramarina, como camino hacia el porvenir de nuestra patria. Éste era el gran tema de la Generación del 98: distinguirse de lo europeo, claro, pero

<sup>9</sup> Recuérdese que compuso este *Himne Ibèric* (1907) con un tono social y muy hondamente nacional. Y que tanto Maragall como Unamuno veían a España bajo el prisma de una especie de imperialismo espiritual castellano, abarcador de toda la Hispanidad.



acercándose a la Europa culta, trabajadora y moderna; apelar a lo español (catolicismo, hispanismo, cierto espíritu estoico, etc.) para resistir al emergente y materialista imperialismo norteamericano que había liquidado los restos de nuestro Imperio, tras una guerra absurda y desigual... Poesía, pues, en gran medida, de inequívoco compromiso político, como lo fue la del coetáneo a los noventayochistas Rubén Darío, quien asimismo compuso *Cantos* y *Canciones* de propaganda política, desde su condición de diplomático, cargados de saluciones y de hondo sentir hispanoamericano. Y del mismo modo que hiciera este gran poeta nicaragüense, introduce Rogelio Buendía la música, los efectos rítmicos, el valor de lo fónico, la imagen y los símbolos del nuevo estilo de entonces: el Modernismo. Estamos pues ante una lírica verdaderamente subjetivista (del 'tú', 'yo', 'conmigo', 'nosotros', 'nuestros'), vivísima y emocionada (fijémonos en las exhortaciones formuladas: 'vamos', 'ven', 'despleguemos', 'lancemos'... así como en el dístico exclamativo final), que nos reenvía a una ideología política del mundo exterior ya apuntada, y que viene a anidar, a su vez, en el interior del sujeto lírico en forma de evocación poética donde pasado y presente se enlazan: los ahora citados en el poema «remotos tiempos» de gloria y entrega generosa por parte de las dos naciones de la madre Iberia, se tornan representados aquí, por la magia de la poesía, en «el porvenir» grandioso que les aguarda de nuevo, como fantástica conjunción de fuerzas e intereses capaz, incluso, de remover el plano u orden internacional establecido.

En el fondo, tras la apariencia de una formidable ambición, se diría que no hay más que un romántico canto nacido de la idea de aquel histórico desastre acontecido tras la pérdida de las últimas colonias en ultramar (Cuba, Filipinas, Puerto Rico); de un Imperio que pasó a la Historia; que ya es mítico. Acaso por ello, el poeta apostó por introducir nada menos que los dos más grandes mitos que la literatura de España y Portugal representa constantemente en un territorio ciertamente simbólico, pero de indudable naturaleza histórica. Y es así, cuando Rogelio Buendía invoca:

No se perdió Don Sebastián; aún vive  
Alfonso de Quijano; por las mieses  
de la Pampa argentina, por el bosque  
maravilloso del Brasil caliente,

se escucha el blanco trote del que un día  
se perdió de sus bravos portugueses  
y se ve la silueta estilizada  
del Hidalgo español, loco y vidente.

En realidad, está haciendo suya la historia de los combates caballerescos de Don Quijote y la de todos aquellos caballeros que durante los siglos XVI-XVII fueron a conquistar

América y real fortuna. Del mismo modo que los portugueses esperaron a Don Sebastián (no pasemos por alto esa extraordinaria y oportuna identificación que se da entre las dos figuras caballerescas – D. Quijote y Don Sebastián –, referentes las dos de unas mismas tendencias mesiánicas, en esta lírica rebosante de idealismo), para no desesperar ante trágicas derrotas del pasado, y que habrían de seguir evocándolo para sobrevivir a crepúsculos no tan lejanos. Y todo es realismo y todo responde a una historia tremendamente paralela: la fatal decadencia de los dos pueblos ibéricos en los siglos más próximos al actual, y la marcada línea europeísta que habría de conducir al progreso y, en consecuencia, a la recuperación de los dos países. No otra – entendemos – podía ser la esperanza y el deseo lleno de optimismo a los que apunta ese «despliegue de los barcos a Occidente», hacia una «mañana nueva», en esa europeización que se divisaba desde nuestros horizontes más extremos de Poniente.

No obstante, a pesar de ser ésta una poesía al servicio de las ideas y de un quehacer literario como instrumento de la circunstancia histórica<sup>10</sup>, imbuida de la profunda crisis social e ideológica de aquellos años, nos encontramos con una estética muy digna y muy fiel al gusto de la época. Tiene, además de cierta afinidad con el lirismo conceptual de Unamuno, de Antonio Machado, la sentimentalidad (no olvidemos que el autor de esta Canción nació en «Huelva, punto generador de la epopeya colombina», como bien se encarga de consignar al final de la composición, en la revista donde aparece) y la expresión perfectamente calculada y bien medida de aquel universal paisano suyo Juan Ramón Jiménez<sup>11</sup>, maestro que abriría el camino en la revitalización del romance y de los demás metros tradicionales castellanos. Si bien serán la musicalidad y las imágenes sumamente plásticas, al estilo de Rubén Darío, las formas expresivas que más impacten en la lectura de este poema. Fijémonos en esta hermosísima conjunción de sensaciones cromáticas que conforman el simbólico «paisaje», visualizándolo con un más que desbordante sentimiento, en esta imagen inauguradora del poema:

Verde navío, Portugal fraterno,  
amarrado al costado de mis muelles,

Donde se plasma la figura grácil («verde navío») del lusitano país de navegantes por mares y océanos. De otro lado, está esa fuerza que lo retiene con duras «amarras» campesinas, en interiores que se estrechan fraternalmente con la vecina España y le

---

<sup>10</sup> Recordemos que en 1917 aparecía asimismo la reflexión de Antonio Machado sobre el país y «lo esencial castellano», en *Campos de Castilla*.

<sup>11</sup> Nos referimos a las primeras obras (entre becquerianas y modernistas) de J. R. Jiménez: *Almas de violeta* y *Ninfeas* (ambas de 1900), y, sobre todo, a las musicales *Elegías* (1908).

instan, empujándolo hacia nuevas y prometedoras empresas peninsulares... No podía ser más bella, ciertamente. Sin olvidar, por supuesto, la eficacia de un léxico de signo renovador, con voces muy cultas ('cepa augusta', 'flanco', 'Heliada', 'adviene', 'argonautas') y efectos rítmicos conseguidos mediante otras de tonalidad pomposa y sonora ('efervescente', 'perennes', 'vidente', 'terrestre', 'Occidente', 'Oriente') que articulan la rima asonante de todo el poema y contribuyen a reforzar ese revelador y más que sugerente «grito-contraseña» que viene a constituir – a nuestro juicio – el núcleo semántico y formal del texto poético aquí seleccionado. Podrían añadirse muchos comentarios al respecto, por supuesto. Y serían deseables otras lecturas o interpretaciones... Pero lo dicen casi todo estos dos primeros versos. El resto, la historia gloriosa, quedará enaltecida por unos «hijos arrojados» que llevaron lo mejor (la lengua, los valores del Occidente cristiano representados en esa simbólica «cepa augusta» y en ese «vino que ellos beben») al Nuevo Mundo por ellos descubierto.

Y así, finalmente, llegamos al horizonte que aguarda a unos ojos «iluminados», como dice esta *Canción de España a Portugal*, y nunca mejor dicho, por un sol deslumbrador ante una realidad o «aventura lírica» – dicho sea con las propias palabras del poeta – que, por soñada, habría de pasar al olvido, como tantas veces ocurre con cierto tipo de melodías.

Lo cual no impide que sigamos acariciando la ilusión y el deseo, perfectamente legítimo, de ver a los dos pueblos de la madre Iberia mirando juntos al futuro inaugurado por el nuevo milenio. Haciendo realidad, de un lado, «el milagro europeo» (Beck, 2005: 13-14) que debería acercarnos al contexto mundial de naciones, que es la más inmediata y real de las perspectivas. Y de otro, sirviendo de puente para hacer más próximos el nuevo y el viejo continente. Todo ello, sin pérdida ni merma de nuestras respectivas identidades, preservando nuestras diferencias y peculiaridades culturales en el ambiente cosmopolita que reclama la creación de una nueva Europa<sup>12</sup>. Porque queremos crecer juntos en bienestar y en armonía con el mundo globalizado que nos inquieta a todos, sin duda, pero para ello debemos enfrentarnos con soluciones conjuntas. Los antiguos idearios nacionales, como bien nos ha mostrado la historia y la literatura que es historia, y de forma muy palmaria este singular poema que se inserta en la reaccionaria ideología del fracasado Iberismo (volvemos al principio de esta modesta comunicación), nunca fueron capaces de engrandecer Europa.

Es por eso por lo que reivindicamos un espacio ibérico no limitado, sino abierto y

<sup>12</sup> Precisamente en fechas cercanas a esta reflexión (primavera de 2005), se reunieron en una cumbre internacional los representantes de los gobiernos de Brasil, España, y otros Estados sudamericanos. Y más tarde se anunció el encuentro del nuevo Primer Ministro portugués en Madrid con el Presidente del Gobierno español. Todos con el empeño de reforzar alianzas a uno y otro lado del Atlántico.

<sup>13</sup> Es más que destacada la labor que viene realizando desde hace muchos años el Centro de Estudios Ibérico, con sede en la ciudad de Guarda, en estrecha colaboración las Universidades de Salamanca y de Coimbra.

que sirva de frontera que medie entre mundos más diversos y de proyección universal. Aunque para ello tengamos que seguir a Fernando Pessoa y, en cierto modo, «desnacionalizarnos», ya que, en la opinión del adelantado poeta portugués, sería ésta la mejor manera de podernos «encontrar».

Queremos, para terminar, que siga vivo este recinto peninsular consagrado desde hace tiempo al intercambio cultural y poético<sup>13</sup>, por supuesto. Pero, sobre todo, deseamos que se entierre de una vez por todas esa vieja y casi cíclica crónica de desamores entre portugueses y españoles. Porque, como bien analizaba el ya citado historiador y lusófilo castellano: «os pleitos luso-espanhóis são coisas passadas, questões de família... e a fraternidade está em tudo»; y con su enorme lucidez, ya vaticinaba don Claudio Sánchez Albornoz en el *Diário de Lisboa* (mayo de 1936), la era de paz que habría de instaurarse nuevamente en ambas patrias, en donde todos debemos continuar «trabalhando pelos novos e nos novos estados da civilização europeia que se vêem já...» (No olvidemos que estas palabras fueron pronunciadas con motivo de su llegada a Lisboa como Embajador del Gobierno de la II República española, pocos meses antes de que comenzara la Guerra Civil, tal como consignábamos al principio de estas reflexiones).

Como igualmente deseamos que surjan, de forma sincera, nuevas *Canciones* inaprensibles a cualquier tipo de intereses<sup>14</sup> (Seabra, 1978/80: 41); como aquellas que brotaron de un «iberismo libremente vivido» del que muy pocos, lamentablemente, se han ocupado, y que sería preciso exhibir y recuperar en sucesivos encuentros. La melodía ibérica dista mucho de ser interrumpida.

## Bibliografía

- ANDRADE, Eugénio de (1997). In *Espacio/Espaço Escrito*. Diputación de Badajoz: 13/14, 85-87.
- BENTO, José (1991). In *Boca Bilingüe*, Lisboa: Consejería de Educación. Embajada de España, 5, 4-12.
- BUENDÍA, Rogelio (1922). «Canción de España a Portugal». *Revista Contemporânea. Grande revista mensal*. Lisboa: Imprensa Libanio da Silva, Vol. I.
- BECK, Ulrich (2005, 27 de marzo). «El milagro europeo». *El País*, Madrid, 13-14.
- COHEN, Jean (1974). *Estructura del lenguaje poético*, Madrid: Gredos.
- CORRÉIA, Natália (1989). «Somos todos hispanos». In *Boca Bilingüe*, Lisboa: Consejería de Educación. Embajada de España, 1, 3 y ss.
- GARCÍA MOREJÓN, Julio (1964). *Unamuno y Portugal*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 364.

<sup>14</sup> Convenimos con este escritor en que «poesía y política no pueden ir juntas. Hay que liberar a los textos poéticos de amarras ideológicas».

- JAKOBSON, Roman (1986). *Ensayos de Poética*. México: F.C.E.
- LOBO ANTUNES, António (2001, 13 de noviembre). In *El Cultural de El Mundo*, Madrid.
- LOURENÇO, Lourenço (1994). «De España y de Portugal como literatura». *Revista de Occidente*, Madrid, 163, 5-18.
- MADARIAGA, Salvador de (1978). *España. Ensayo de Historia contemporánea*. «Portugal». 11ª Edición, Madrid: Espasa Calpe, 193.
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, Claudio (1972). *De mi Anecdotario político*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- SANTILLANA, Marqués de (1990). *Cancionero del Marqués de Santillana*. Edición facsímil, Biblioteca de la Universidad de Salamanca.
- SARAMAGO, José (1990). In *Espacio/Espaço Escrito*, Diputación de Badajoz: 4/5, 19.
- SARDINHA, António (1922). «O Pan-Hispanismo». *Revista Contemporânea. Grande revista mensal*. Lisboa: Imprensa Libanio da Silva, Vol. I, 49-51.
- VIQUEIRA, Miguel (1994). «Iberismo versus Ibericidade». *Revista da Faculdade de Letras*. Lisboa: 16/17, 45-49.

**Resumen:** Españoles y portugueses reconocemos que somos hispánicos. Sabemos bien de nuestras diferentes sensibilidades, que no siempre nos complementan a pesar de que nos enriquecen... De seguro que escuchando el instrumento de la poesía, será difícil no recordar melodías que sólo nosotros identificamos, haciéndolas tan propias como inolvidables. Como esta *Canción de España a Portugal* (1922) que un buen día escribió Rogelio Buendía (Huelva, 1891-1966) al servicio de unos ideales panhispánicos, enaltecedores de aquel glorioso pasado de los dos países ibéricos.